

CIERRE DE MINAS Y PATRIMONIALIZACIÓN

Microrresistencias reivindicativas institucionalizadas

1.- Presentación y antecedentes: crisis del carbón y estrés social¹

Al finalizar la primera década de este milenio, el 15% de la electricidad aragonesa era generada por las plantas de transformación de carbón ubicadas en la cuenca minera turolense. Las tres centrales térmicas aragonesas están geográficamente ubicadas próximas a las minas de lignito turolenses que animaron su construcción (Escatrón, 1953, Escucha, 1970 y Andorra, 1975) y privilegian a esta provincia en el campo de generación de electricidad a partir de recursos convencionales. La relevancia del sector minero-energético en el desarrollo económico aragonés es pues una cuestión incontestable, habiendo sido la extracción de lignito una actividad productiva relevante durante todo el siglo xx.

Pero las perspectivas no son halagüeñas desde hace algunos años y la población socioeconómicamente dependiente de las cuencas carboníferas españolas acusa un alto grado de estrés social que se ha materializado recientemente en protestas colectivas muy visibles y de gran impacto mediático, resultado de varias décadas de políticas de reconversión cuyo objetivo último era proceder al cierre de las minas. Todo ello coincide con la incertidumbre de la sociedad española, de la europea y de los

Recibido 8-VII-2012

Versión final: 26-X-2012

* Departamento de Psicología y Sociología. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Campus de Teruel. Universidad de Zaragoza. 44003 Teruel. Correo electrónico: alexsanz@unizar.es.

¹ Este trabajo se enmarca en el desarrollo de la investigación colectiva titulada «Efectos y respuestas colectivas vinculadas a la reconversión minero-energética en comunidades mineras carboníferas turolenses», (nº 2012/B004) financiada por la Fundación Universitaria Antonio Gargallo. El análisis siguiente se fundamenta metodológicamente en el trabajo de campo realizado en asociaciones culturales, museos, ayuntamientos y sedes comarcales, a cuyos miembros se ha entrevistado durante 2011 y 2012. Las entrevistas en profundidad a mineros pre-jubilados, políticos locales y comarcales y técnicos (ingenieros de minas y gestores culturales) fueron realizadas por Alexia Sanz Hernández y Manuel Ramos Martín.

Sociología del Trabajo, nueva época, núm. 77, invierno de 2013, pp. 7-26.

sistemas financieros mundiales ante el cuestionamiento de la capacidad del euro para subsistir a los envites de los mercados. Los recortes o medidas racionalizadoras de contención del gasto público del Partido Popular desde su llegada al gobierno en 2011 y la presentación de una drástica reducción de la inversión en el sector minero español en el presupuesto de 2012 (Ley 2/2012, de 29 de junio, de Presupuestos Generales del Estado) han alentado las respuestas más reivindicativas y mediáticas recientes, generando estados de miedo en un Estado de miedo. Estas reacciones de las comunidades mineras asturianas, leonesas y turolenses principalmente, se han activado por un detonante muy puntual; pero el problema viene de lejos.

La crisis se había iniciado tras lo que se denominó la segunda edad de oro de los carbones (entre 1973 y la década de los 80). Con el inicio de los sucesivos planes energéticos nacionales (1979 y 1984), la entrada en la Comunidad Europea y la aplicación de su normativa y política carbonífera y energética, la producción se resintió y se inició el cierre de minas y la reducción drástica del empleo del sector. En 1997 se había perdido un 88% del empleo en minería subterránea. En el año 2000, esta había desaparecido por completo de la cuenca aragonesa.

El proceso experimentado en las diferentes cuencas europeas fuertemente dependientes económicamente de las explotaciones carboníferas ha sido análogo. Sin embargo, las zonas mineras españolas rurales y de interior, más alejadas de focos de consumo relevantes (grandes ciudades), están teniendo serias dificultades en la búsqueda de alternativas exitosas con las que afrontar la realidad, a pesar de acogerse a los planes nacionales consecutivos de apoyo al sector (1998-2005 y 2006-2012). Los procesos de reacomodación socioeconómica y cultural han ido acompañadas de un fuerte éxodo rural en todas las regiones. En Teruel, el despoblamiento ha sido una constante y no va exclusivamente relacionado con la reconversión minera. La bajísima densidad de población, 9,3 hab/km² para todo el conjunto provincial, es una de las más bajas de toda Europa occidental, solo comparable con la de los países nórdicos. Además las 25.000 personas de esta cuenca aragonesa (porcentaje poco relevante en el conjunto nacional) suponen casi el 20% de la población de la provincia turolense. Esta variable poblacional ha condicionado la recepción de ayudas en el marco del comúnmente denominado Plan MINER, al vincularse el negociado en 2006 a la población y no a la producción.

El carbón en la Europa comunitaria es por tanto una actividad deficitaria en términos de competencia internacional, que ha necesitado en los últimos cuarenta años de ayudas públicas para sobrevivir. Estas se han venido autorizando por la Comisión Europea desde 1973. Fue la Decisión CECA 3632, de 28 de Diciembre de 1993, la que ha marcado todo este proceso al establecerse como condición básica la reducción paulatina de las ayudas. Paralelamente se debía disminuir la producción europea del carbón; las ayudas se prorrogaron hasta 2012 con los mismos criterios de decremento progresivo tanto de ayudas como de producción. Ahora la esperada negociación de otro plan se complica con la situación económico-financiera actual.

Estas limitaciones normativas europeas a la producción de carbón se ubican en un clima de expansión de ideologías ambientalistas y ecologistas que echan un pulso a las neoliberales y desarrollistas de décadas anteriores y exigen un replanteamiento de las opciones de desarrollo de estas cuencas en el marco de la sostenibilidad.

Puede entenderse fácilmente pues, que el largo y agónico proceso de cierre de minas de carbón es un componente económico que sangra lentamente a los territorios afectados, les conduce a situaciones de ansiedad y estrés social, y provoca la aparición de diferentes respuestas colectivas como la acomodación pasiva, la inadaptación conflictual, la reivindicación activa o la creatividad cultural (Sanz Hernández, 2009). Con estos antecedentes, en este artículo hemos optado por arrancar fundamentalmente desde este último tipo, el creativo, analizando tres estudios de caso ubicados en el contexto aragonés, relacionados con la patrimonialización de la cultura y el trabajo minero: el museo minero de Escucha, el parque tecnológico minero de Andorra-Sierra de Arcos y el museo minero de Utrillas. Estas iniciativas, aisladas pero próximas desde un punto de vista geográfico, ilustran sociogénesis muy diferentes, con matices y aristas parejas que nos permiten bucear en los procesos de creatividad cultural, autorrepresentación y *refiguración* (Ricoeur, 1985) que emergen de las situaciones marcadas por la amenaza latente de desaparición comunitaria como una incertidumbre objetivamente probabilizada, y por lo tanto en el marco del riesgo y del miedo (Beck, 1992; Tulloch y Lupton, 2003).

No obstante, este análisis nos permitirá concluir que realmente en todas estas respuestas creativas podemos encontrar ese movimiento browniano de microrresistencias fundadoras de microlibertades y movilizadoras de recursos insospechados en la gente (la minera) del que nos hablaba De Certeau (2000); de ahí que nos permitimos afirmar que se trata realmente de una variante más silenciosa de auto-reivindicación, bajo una versión institucionalizada y oficializada.

2.- *El marco y el germen de la coexistencia de la cultura institucionalizada y la praxis como cultura*

Sin duda uno de los rasgos de la actual *sociedad de la cultura* es la tendencia a la patrimonialización en un marco en el que lo cultural se disuelve entre lo económico y político con mayor fluidez que nunca, ensanchando además su esfera.

Si en origen la cultura se musealizaba, vinculándose al espacio del estado-nación, con la eclosión identitaria autonómica española de los ochenta la cultura se comenzó a representar en el espacio de las autonomías. Los gobiernos autónomos fueron los encargados esencialmente de participar en ese rasgo general de «disolución explosiva de la esfera cultural en el dominio general de lo social» (Rodríguez Morató, 2007: 36), incorporando el vector territorial y asumiendo la responsabilidad oligopolística de participar en la ocupación por parte de la cultura de cualquier tiempo,

espacio o persona/público. La territorialización de la cultura en Aragón tendría su máxima expresión con la conformación de las comarcas y la transferencia a estas en materia de cultura y patrimonio (Ley 10/1993, de 4 de noviembre, de Comarcalización de Aragón).

Lo local adquiere nuevas e importantes dimensiones en el terreno cultural, al convertirse la cultura en una imprescindible estrategia de desarrollo en cualquier escenario territorial. La patrimonialización de la cultura cotidiana ejemplifica mejor que ningún otro ámbito, los procesos posmodernos generales de innovación en zonas periurbanas o rurales, ordinariamente acompañados de la intermediación de la reflexividad técnica frecuentemente (urbana) externa y ajena. En ese sentido, la mayor parte de los municipios se han aferrado a su tradición definitoria transmutada en sustrato patrimonial y a la reinención y creatividad cultural, como fórmula para estimular su presente y asegurar su pervivencia.

El de la descentralización ha sido el discurso político parlamentario dominante en las últimas décadas en Aragón, pero genera hoy grandes dudas dada la caracterización demográfica aragonesa y la fragilidad de su mercado interno. Impregnadas de cierta deriva «gestionista», algunas voces cuestionan determinadas actuaciones en el campo patrimonial insistiendo en que estas deben ser puntuales y estar asentadas sobre proyectos únicos y excepcionales. Pero sin duda, ¿qué localidad entiende que una actuación en su entorno no es calificable como única y excepcional?

2.1. El museo minero de Escucha

Coincidiendo con el inicio de la década de los noventa la empresa casi centenaria instalada en las cuencas turolenses, Minas y Ferrocarriles de Utrillas (MFU), abandona las minas. Desde entonces y hasta el año 2000, todas las empresas mineras ubicadas en estas localidades (Minera Martín Aznar, G. Lancis o Minas Escucha S.A.) inician sus planes de cierre. De la actividad minera de todo el siglo xx en esta localidad (ubicada al pie de la sierra de San Just y a 71 km al noreste de la capital turolense), permanecerá un paisaje arañado, una población expectante y la central termoeléctrica instalada en 1970 que anunciaba su cierre días antes de ver la luz este artículo.

El interés por patrimonializar y explotar para uso turístico algunas infraestructuras y equipamientos mineros surgió del propio ayuntamiento que solicitó a técnicos ingenieros el informe de viabilidad. Exploradas otras opciones en el entorno, los expertos concluyeron que las especiales características de la galería de la mina «Se verá» (explotada entre 1942 y 1968) permitían su nuevo uso y su musealización, debido a la robustez de los entibamientos metálicos de las galerías y las medidas de seguridad que podían incorporarse para reforzar las ya bien diseñadas estructuras existentes. Después de presentar un proyecto de viabilidad tanto turística como económica y vencer el escepticismo inicial de las autoridades supra-locales, la mina «Se verá» se convierte, en el año 2002, en la primera mina subterránea de nuestro país abierta para uso turístico.

2.2. El parque tecnológico minero de Andorra-Sierra de Arcos

Frente a la anterior propuesta de carácter eminentemente local, el parque tecnológico minero de Andorra-Sierra de Arcos, ubicado en la localidad de Andorra y sostenido por la administración comarcal, con sede en esa localidad, forma parte en la actualidad de un amplio proyecto de hacer un museo en cada pueblo² y que la comarca se convierta en un «museo a cielo abierto». La idea surgió de una iniciativa puntual e individual bien acogida por todos los agentes locales andorranos.

Un par de años antes, había gente desde diferentes ámbitos –yo desde la agencia de desarrollo, el CELAN desde el centro de estudios, algún minero jubilado mayor–... como que todos íbamos con una idea fija, pero no nos habíamos encontrado. Y en ese momento, un señor mayor, Ángel, decidió y propuso al ayuntamiento hacer un homenaje a los mineros que habían fallecido en accidentes desde el principio de las minas. Y a raíz de esta propuesta fue cuando se unió todo lo que tenían los demás en la cabeza: «Pues el homenaje puede ser algo más». Y se empezó a pensar en el pozo de San Juan que es donde está el castillete. Se montó para ese homenaje una exposición: casera total..., en tres o cuatro meses... Se convenció al ayuntamiento y limpió el camino de acceso y lo asfaltó. Unos cuantos mineros prejubilados se pusieron manos a la obra y curraron un montón, limpiando, desbrozando, trayendo máquinas de los escombros prácticamente... Y ese fue el inicio [Técnico comarcal, Andorra].

La propuesta se materializa en 2005, con el convencimiento colectivamente asumido de la oportunidad de avanzar con alguna iniciativa que recuperara para la posteridad la esencia de la cultura e historia minera de la zona. Es el cierre de la mina Oportuna el detonante de la acción, ante la constatación de la desaparición de la minería turolense del carbón.

Aquí nosotros empezamos en el año 2005, que fue cuando se cerró la mina Oportuna (...) que llevaba 50 años funcionando, a nivel de interior. Y a raíz de eso, yo creo, se empezó a pensar que la minería desaparecía y que se iba a perder todo el patrimonio, porque no se había hecho absolutamente nada [Miembro Asociación Cultural, Andorra].

El relato del inicio ensalza la fuerza y espontaneidad de lo social y colectivo. La iniciativa personal de un minero jubilado en 2003 y su deseo de homenajear a todos los compañeros fallecidos, el apoyo de la administración local a la que se sumarían la comarcal (como administración principal y titular después), la empresas mineras implantadas en la zona (ENDESA, SAMCA y Compañía General Minera), todos los agentes sociales

² Además del parque de Andorra, se proyectó para Ariño un centro de interpretación sobre la dimensión social de las comunidades mineras; se ideó trabajar en Alloza en torno a la restauración medioambiental y en Gargallo y Estercuel con proyectos en los que la minería se abordara desde la literatura, el cine o el arte.

y sobre todo el trabajo desinteresado y continuo de un grupo de voluntarios mineros prejubilados, está detrás de un proceso de patrimonialización cuyos rasgos esenciales son el papel protagonista y activo de la sociedad civil (exmineros), la legitimación de los mineros como expertos y el reconocimiento institucional de su cualificación técnica para liderar la musealización.

2.3. El museo de la ciencia y arqueología minera de Utrillas

La cercanía geográfica de Utrillas a Escucha, solo separadas por tres km., y la anticipación en la apertura del museo en esta segunda localidad, han condicionado el proyecto de musealización en Utrillas. La pretensión explícita ha sido la de preservar y conservar su extenso patrimonio, intentando complementar y nunca reproducir productos ya ofertados desde la localidad vecina.

La mayor parte del patrimonio minero de Utrillas va unido a la trayectoria de la empresa minera aragonesa MFU que se instalaba en la zona en 1900 y la abandonaba en 1991 (ya integrada en ENDESA), como hicieran las otras dos empresas mineras presentes en la localidad y dedicadas a la minería de interior: Minas Palomar y HUSA. Por entonces el lignito aragonés suponía un tercio del total español.

Todas las instalaciones mineras fueron cedidas al ayuntamiento: el hospital de las monjas (donde se ubica el museo), la mina Santiago, el pozo Santa Bárbara en cuyo entorno se encuentran las antiguas escuelas del coto minero, la nave de las calderas y la de las máquinas, el castillete o la nave de duchas de los mineros, y la residencia-albergue de investigadores (edificio donde se ubicaba la gerencia y oficinas de MFU).

Desde el punto de vista de su origen, estas tres iniciativas tienen en común varios elementos interesantes. El primero de ellos hace referencia al papel axial de los exmineros voluntarios como principales impulsores en el inicio del proceso de patrimonialización o como irremplazables sostenedores de las propuestas actuales (aunque su papel sea más visible o relevante en unos casos que en otros).

El segundo dirige nuestra atención a dos conceptualizaciones subyacentes en todos los niveles actoriales analizados, a saber, la dimensión extracultural de las iniciativas (o dicho de otra manera, la entronización cada vez más cultural del desarrollo territorial), por un lado, y por otro, la enfatización de la constatación de la pérdida de la propia identidad minera tras el cese de la actividad, el temor al olvido y la respuesta patrimonializadora como estrategia paliativa y compensadora.

De este modo, la transición de la vivencia de la cultura del trabajo como praxis diaria a su patrimonialización se produce bajo el discurso legitimador del riesgo (Ariño, en Rodríguez, 2007: 82-84) en un doble sentido: por un lado, el riesgo de pérdida de la cultura minera como sustrato del imaginario, y por otro, como venimos apuntando, el riesgo de declive socioeconómico (y consecuentemente comunitario). Ese paradig-

ma del riesgo justifica y legitima discursivamente la intervención tanto desde lo público como desde lo asociativo o comunitario (en su sentido de sociedad civil) y enmarca y antepone la prevalencia de la coexistencia de lo instituido y lo instituyente, al conflicto o tensión entre las partes.

3.- *El sostén de las iniciativas: el self comunitario, la temporalidad y la espacialidad*

La pelea por alejar de las garras del olvido el pasado colectivo está en la base de cualquier intento de patrimonialización, incluido el que concierne a las formas de trabajo vinculadas con la minería. Pero ¿quién está detrás del mantenimiento de las iniciativas?, ¿por qué estas son exitosas o no? La respuesta está sin duda relacionada con el carácter colectivo de lo cultural.

3.1. El self comunitario

En los contextos ubicados en una escala comunitaria-local de la realidad social, como es el caso que nos ocupa, la dimensión de lo comunitario (asociado aquí sobre todo al «pueblo») deviene mediación esencial en esa tensión que se puede vivenciar en los individuos que habitan en estas zonas entre la condición de individuos *de jure* y la posibilidad de transformarse en individuos *de facto* (Bauman, 2003), frente a los desafíos, al mismo tiempo personales y colectivos, que se derivan de ese proceso de transformación socioeconómica a que se encuentra abocada la comunidad.

En tal sentido, también resulta pertinente retomar la perspectiva baumaniana sobre la comunidad, entendida como representación de lo seguro, de ciertos lazos que resultan sostén. Si bien, señala el autor, estamos ante una imagen utópica de lo comunitario, diferente de la «comunidad realmente existente»; un mundo inaccesible pero deseado.

Asimismo, en un sentido tradicional, la cultura se entiende como un orden simbólico unitario conformado y a su vez conformador de la vida comunitaria en un escenario bien delimitado, siendo precisamente la cultura lo que diferencia unos de otros. En cualquier caso, estamos hablando de *comunidades imaginadas* (Anderson, 2003) y nos encontraremos en este análisis un doble juego de identidades y de comunidades que se derivan de ellas y que a su vez las sostienen: el de la pertenencia a una localidad (o comarca) definida y construida en torno a demarcaciones político-administrativas, y el de la pertenencia a un oficio y colectivo profesional determinado, cual es el del minero. Su disolución recíproca hace que en momentos determinados hablen de sí mismos como comunidades mineras superando los límites territoriales y buscando referentes identitarios en sus compañeros de profesión de las localidades vecinas, (incluso más allá cuando citan a asturianos o leoneses, franceses o alemanes), y que en otras ocasiones emerja con mayor fortaleza su identificación local en un proceso de diferenciación selectiva para la supervivencia, enfatizando las diferencias interlocales.

Cuando se alinean en defensa de los proyectos locales el enfoque dominante es la territorialidad y la preservación del *self local* (comunitario-espacial). Bajo el prisma del enfoque liberal y el «individualismo metodológico» que lo acompaña, podríamos interpretar que las localidades (más bien, los individuos al frente de sus instituciones) buscan sus alternativas más favorecedoras, de modo aislado, desde un punto de vista estratégico de costes/beneficios, y con la participación de la envidia en la comparabilidad de expectativas. Pero hay otro prisma interpretativo relevante que también aporta Dupuy (1992), cual es el de la tendencia humana a la imitación. En ese sentido, en una economía, concluirá el autor, más que individuos aislados que evalúan estrategias hay individuos desorientados que se imitan unos a otros. Aquellos que logran predecir las imitaciones se colocan en una situación dominante.

La patrimonialización es ante todo un juego de imitaciones. La musealización de la cultura especializada de las décadas anteriores da paso, con cierto retraso en España, a la masividad cultural y la compulsión musealizadora (Prats, 1997). En el campo de la minería esta tendencia se visualiza a partir de los 90, de modo que en la actualidad se cifran en casi la centena las iniciativas de esta índole, imitando procesos observables en otros países con dramáticas reconversiones industriales como Inglaterra (Walsh, 1992).

La constatación del declive impulsa en el seno de las localidades la llamada a la comunión de esfuerzos para sacar adelante las iniciativas y en los tres casos se ejemplifica la convivencia intralocal de los diferentes actores. Sin embargo, esa autorreflexión no ha impulsado la superación de las propias fronteras locales ni ha evitado la pugna político-territorial. La prevalencia de la identidad local ha impedido uniones y sinergias aglutinadoras y conformadoras de proyectos más sólidos e integradores³. En lugar de eso y en el mismo contexto de la imitación que hemos descrito, surge la necesidad de establecer mecanismos de diferenciación del producto propio y remarcar la diferenciación como elemento axial justificativo del propio: la autenticidad del continente, una mina subterránea, en el caso de Escucha («una aventura minera en una mina de verdad a mas de 200 metros bajo la superficie» se lee en su web), la autenticidad de la narración de los voluntarios-guías expertos en el conocimiento que muestran, en el caso de Andorra, o el ferrocarril minero en el de de Utrillas.

Cuando se alinean en representación de la identidad minera estamos ante una exaltación del *self* profesional. En este sentido, es una reivindicación corporativa, no local. Pero esta cuestión la abordaremos más adelante.

³ Escucha dista de Utrillas apenas 5 kilómetros y a su vez estas localidades están separadas de Andorra por unos 50 Km. Solo el proyecto de esta última localidad es supralocal precisamente por venir liderado desde la administración comarcal, pero en su desarrollo pueden observarse igualmente las tensiones locales internas.

3.2. El uso del tiempo y la historicidad

Algunos autores han destacado la idealización del pasado perdido como rasgo característico de muchos museos locales de entornos rurales (Martínez Latre, 2007). En el contexto que nos ocupa es fácilmente rastreable esa idealización y mistificación, envuelto, eso sí, de un hálito reivindicativo del *self* minero.

Al mismo tiempo, es bien sabido que el cierre o abandono de minas ha conllevado reacciones inmediatas violentas, reivindicativas y de auto-negación que en muchos casos ha derivado en apatía ante la degradación de los restos y paisajes industriales, vandalismo o destrozos incontrolados, todas ellas actitudes colectivas interpretables a la luz de rupturas vitales.

El tiempo es clave en este sentido. Por un lado, las actuaciones inmediatas tras el cierre de una mina facilitan las tareas de preservación desde un punto de vista técnico y económico; sin embargo, esta salvaguarda con el beneplácito comunitario solo parece ser efectiva y afectivamente positiva desde la distancia (la «*aisance*» de Bourdieu, la «separación» de De Certeau o la «aproximación distanciada» de Maffesoli).

La noción de distancia, ya sea espacial, ya sea temporal o simbólica, es clave en esta interpretación: la distancia del objeto y la ausencia de necesidad por parte del sujeto, son elementos posibilitadores y facilitadores de la apertura al (re)conocimiento. Así puede explicarse que todos los impulsores de los proyectos se ubiquen de una u otra manera en ese paradigma de la distancia.

Frente a lo observable en otras iniciativas patrimonializadoras, en los tres casos las personas que están tras las iniciativas son miradas internas (de la localidad o del entorno minero), siendo imperceptibles apenas otros impulsos motrices externos, ya sea desde el campo de la ciencia, la economía o la política.

Los impulsores (técnicos, alcaldes o voluntarios prejubilados) han formado parte de una manera u otra del mundo de la mina pero la dependencia, si la hubo, ha sido reemplazada ya por nuevos mundos laborales o «extralaborales». Tanto en el caso de la iniciativa de Escucha como en la de Utrillas el proyecto se materializa tras varios años de haberse hecho efectivo el cierre de las minas y cuando todos sus trabajadores se encuentran ya en situación de jubilación o trabajando en otras empresas de la zona.

El caso de los voluntarios del parque tecnológico minero de Andorra muestra rasgos llamativos. La mayor parte de los mineros de la zona provienen de otros lugares de España, especialmente de Andalucía (otra importante proporción de la población descende a su vez de mineros foráneos llegados en etapas anteriores), aunque la mayoría lleva ya residiendo en la localidad una gran cantidad de años. Pero no es tanto su procedencia como su ambigua y excepcional situación «no laboral» la que está marcando esa distancia tanto de la experiencia laboral de la mina como del trauma de su cierre. Son prejubilados, pertenecientes a las clases pasivas y al colectivo que cobra sin trabajar (Devillard, 2008), de modo que la satisfacción de sus necesidades básicas está garantizada.

Esa misma distancia vital y temporal junto con la proximidad emocional o la *razón sensible* en términos maffesolianos (1997) es lo que permite focalizar el interés de diferentes personas hacia los objetos en desuso que coleccionan. Así la acción de guardar, recuperar y preservar tiene una fuerte base emocional que se concreta únicamente tras la afectación de los sentidos y consecuentemente la generación de un deseo de establecer un vínculo entre sujeto y el objeto de conocimiento.

Los impulsores, benefactores (personas que donan objetos) y mantenedores de las iniciativas se dejan afectar sensiblemente por aquello que tiene que ver con su mina. Tal y como nos recuerda De Certeau la percepción de la desaparición o la concientización de la ausencia (lo que ya ha muerto), torna en bello lo perdido. Y así, es un homenaje a los mineros fallecidos el desencadenante primero de la aparición del parque actual de Andorra, o es la «crónica de una muerte anunciada» el de la de Escucha o Utrillas.

Esto es una idea que tienen los políticos del partido socialista en Escucha; se acababan las minas, eran los años 1997-2000, por ahí. La minería se acababa. En el 90 ya cerró MFU y prácticamente todas las minas que habíamos alrededor del año 2000 teníamos hechos nuestros planes de cierre y aceptados. O sea estábamos en la cuesta y sabíamos... era la muerte de una crónica anunciada y sabíamos dónde estaba el final [Ingeniero de minas, Escucha].

En gran medida esa proximidad emocional se construye a partir de la capacidad del espacio y los objetos culturales creados o compartidos colectivamente para vincularnos con el tiempo pasado y cuantos le dieron significado. El poder evocador del contexto reside en su capacidad para generar fuertes lazos entre el yo y el nosotros, el presente y el pasado.

3.3. El uso del espacio: el poder evocador del contexto

El espacio conforma el escenario donde transcurre la vida humana y desde ese punto de vista condiciona y matiza el estilo de vida de los habitantes. Lo mismo puede decirse de los espacios productivos, en concreto de la mina. Las condiciones ambientales y paisajísticas, tanto las antropomorfizadas por la acción de hombre como las que se imponen en un territorio (como el clima o la orografía por ejemplo) son las formas que nos forman, son lugares que se vuelven patrimonio (Maffesoli, 1997: 135).

Watsuji entiende que clima y paisaje son fenómenos-expresiones de la existencia humana consciente, es decir, «constituyen momentos de la objetivación y autodescubrimiento de la subjetividad humana»; añade además que «los tipos de clima y paisaje son paradigmas de formas de historia y cultura» (2006: 41). En este marco interpretativo podríamos entender que la vivencia personal/individual de experiencias inherentes al trabajo en la mina –oscuridad, frío/calor, olores, ruidos atronadores– solo es posible en la intersubjetividad que trasciende a la experiencia individual. Todos participan de un algo ajeno a cada yo concreto, y esa conciencia de la conciencia y vivencia de los otros es lo que transforma el yo en nosotros,

mientras que hace del nosotros un contenedor de todos los yoes. Es la relación intencional de los fenomenólogos europeos (la intersubjetividad de Husserl) o la *aidagara* de los japoneses⁴. Quien experimenta la oscuridad en el fondo de una mina o el frío intenso de las canteras turolenses a cielo abierto la experimenta junto a otros. Las condiciones que están delimitando esa ambientalidad forjan los vínculos para la socialidad asentada en sociabilidades primarias y procesos de autoconciencia/autoconocimiento transpersonal propiciados por el reflejo de la comunión de experiencias compartidas. El espacio impone las condiciones contra/con las que enfrentar una realidad cotidiana y obliga a desplegar soluciones culturales creativas para resolverlas, que se van construyendo colectivamente. Ese legado estrechamente relacionado con los rasgos espaciales es sentido como propio por cada yo y aceptado a la vez como «patrimonio» del grupo con el que se comparten dichas condiciones, haciéndose extensivo al resto de la comunidad.

En este sentido, cabe añadir que los espacios laborales analizados se han resignificado y hoy cumplen además nuevas funciones sociales. Andorra ha creado un parque en torno al castillete del pozo San Juan donde tienen lugar todo tipo de encuentros sociales (comuniones, bodas...) y culturales (con una programación anual impulsada desde la administración comarcal) recuperando así el municipio un espacio minero para la comunidad. Utrillas ha rescatado igualmente para disfrute ciudadano espacios degradados y Escucha ha sumado a la zona el recurso turístico más visitado.

Hasta aquí se ha hablado fundamentalmente del espacio como continente, pero merece la pena atender también a los objetos que lo ocupan, cuyo valor se vincula esencialmente con la autenticidad como argumento de autoridad. La búsqueda de continentes y contenidos (artefactos y espacios) auténticos y con alta potencialidad evocadora alimenta todos los proyectos analizados. Esa propiedad del espacio atrapa mucho más efectiva y eficazmente el imaginario (Castoriadis, 1989).

Ciertamente, ninguno de los casos presentados está exento de simulación, tanto la mina «Se verá» de Escucha, como el castillete del pozo San Juan en Andorra, o el del pozo Santa Bárbara en Utrillas. La primera no era sino una parte del todo, una galería de ventilación, el segundo nunca llegó a entrar en funcionamiento para el uso minero para el que fue construido debido a problemas técnicos, y el tercero fue reconstruido para evocar al real, desmontado y vendido como chatarra tras el cierre del pozo en 1981.

En torno al año 1997 la corporación municipal de Escucha aspiraba a diseñar un gran escenario a partir del pozo Pilar. El acondicionamiento de una mina real es lo que subyacía al proyecto.

Yo soy el que les propone que fuese aquí. Vemos todo lo que hay adentro y les dije, «aquí y por esto». Y me dicen: «Sí, pero carbón». Mira el carbón lo que hay que hacer es simularlo, no le deis más vueltas (...) porque se os pegará fuego, y además lo tenéis que estar continuamente manteniendo, rebajando,

⁴ Con esta expresión Watsuji por ejemplo se refiere a la unión del «ser entre» y el «ser con» heideggerianos, (2006: 34).

destajando. Así lo que se ha venido haciendo en estas labores, es poco más que limpiar, y a correr. Y tienen un trocito con carbón, que eso les preocupaba, «pues por lo menos uno», «pues este» [Ingeniero de minas, Escucha].

La huida de la artificiosidad y la fidelidad a las condiciones reales forma parte de la esencia del proyecto, hibridada puntualmente por recursos de simulación. Pero una de las grandes preocupaciones era buscar y poner en el museo aquellos objetos distintivos conectores con el pasado. De la tecnología de MFU, el buque insignia de la cuenca minera central aragonesa no había quedado nada, «o desapareció en las chatarrerías o se quedó enterrado en la mina» dirán los informantes. Pero se pudieron incorporar artefactos de una de las últimas en marcharse, Minera Martín Aznar, porque personas «afectadas sensiblemente» recogieron todo tipo de utensilios.

En el caso de Utrillas, el compromiso de las sucesivas corporaciones locales socialistas de las tres últimas legislaturas, y la sensibilidad de Manuel, carpintero de la localidad, así como su anhelo de preservar durante el proceso de cierre de minas, han permitido reunir en el museo una interesante y rica colección de artefactos, originales, simulados o traídos de otros lugares. El objeto/fetichismo es la locomotora, recientemente adquirida gracias a la aportación económica del grupo de acción local. Se trata de la primera de MFU que llegó a Utrillas en 1903; su compra reciente a un coleccionista zaragozano, enorgullece enormemente a los impulsores del proyecto.

En el caso de Andorra, sobresale de entre toda la gran colección de maquinaria, la máquina de extracción Robey, instalada en el pozo San Juan en 1953 y que tras su traslado en 1996 al plano II de la mina Oportuna de Alloza, fue desmontada nuevamente por la empresa Taymin S.A. y reubicada en 2006 en el lugar para el que originariamente había sido concebida.

Sin embargo, no todos los objetos que son parte, recuerdan o simulan la cultura y entorno laboral minero, son capaces de despertar el mismo efecto en sus observadores. Los propios implicados aportan las claves para establecer una triple clasificación objetual atendiendo a la capacidad evocatoria de los artefactos.

- Originales y auténticos. Se trata de objetos que perteneciendo al tiempo que (re)presentan están ubicados en el espacio originario o provienen del lugar minero que evocan. Tienen una conexión «espiritual» directa con la localidad y con las personas que las manipularon. Su presencia en los museos trasciende el simple objetivo de difusión del conocimiento en torno a los trabajos mineros a los visitantes; aspiran además a lograr la (re)conexión con el pasado de sus protagonistas, convertidos ahora en visitantes/observadores de su mundo vivido, un mundo especular donde perciben el reflejo (re)presentación de su memoria individual y colectiva. En último lugar, consiguen la conectividad de los observadores afectados y el fortalecimiento de lo social comunitario.
- Originales desplazados y asimilados. Nos referimos a artefactos que provienen de otras explotaciones mineras, lo que hace que no siempre reúnan las mismas propiedades que las oriundas y consecuentemente no reproduzcan con exactitud formas de trabajo locales. Han

sido artefactos que han «funcionado» en otros lugares, otros mineros los han manipulado y han llegado donados o comprados. Su capacidad evocadora-afectiva-conectiva es menor para los protagonistas locales pero mantienen la propiedad de propiciar el recuerdo mediante la llamada a la activación del mecanismo cognitivo de la comparación; asimismo, cumplen igualmente su función didáctica y de transmisión de conocimiento para los visitantes ajenos.

- Reproducciones simuladas. Se les exige únicamente *fidelidad* a la realidad que se desea representar. Son secundarios, pero su presencia se justifica y considera imprescindible para lograr la espectacularización deseada (desde criterios que surgen con frecuencia de la propia gente). Quizás el icono que ilustra en mayor medida y grado esta cuestión es la reproducción del castillete del pozo Santa Bárbara en Utrillas.

El valor de gran parte de estos objetos no es cuantificable desde un punto de vista económico. Antes de iniciarse la patrimonialización y de ubicarse en los museos era «chatarra». Su recuperación es narrada en clave épica e incluso «milagrosa»: se encontraron en las escombreras inexplicablemente, se enteraron en el momento justo de su venta y pese a todos los pronósticos pudieron adquirirlo incomprensiblemente, y la restauración (casi siempre «trabajo» voluntario de los exmineros prejubilados) fue fatigosa, un «calvario» con resultado no obstante «increíble». La ubicación en el museo los santifica, y la chatarra pasa a poseer un gran valor (afectivo esencialmente) bajo la cúpula cuasisagrada de los espacios museísticos. Antes de la culminación del proceso de sacralización, supervisado por los chamanes de la ciencia (expertos) y evaluado por las miradas ajenas de los consumidores culturales (visitantes en general), los objetos solo fueron capaces de despertar y afectar a unos pocos. La mirada afectada y sensible los elige, la mirada externa los santifica y la mirada comprometida y generosa los vela y salvaguarda del olvido.

Estos espacios y objetos son, en definitiva, evocadores y catalizadores de un complejo campo de emociones y sentimientos de la gente (de lo social instituyente).

4.-*Microrresistencias reivindicativas institucionalizadas*

4.1. Microrresistencias auto-reivindicativas

Tras todas las iniciativas analizadas se descubre el «hacer» de la gente (en algún caso ocupando cargos políticos). En sus retóricas combinan narraciones de resistencia a la aceptación de la «nada» con otras muestras de un claro estoicismo realista. Al preguntar a un minero prejubilado por la situación actual en las cuencas mineras contesta: «Nada, a cascala. No tiene solución». Es tanto una respuesta acomodaticia como un ejemplo de ese realismo sin maquillaje del «pueblo», de la gente: no se habla de lo que debe o debería ser sino de lo que es, mostrando una considerable resistencia y capacidad dialógica con lo que sobreviene.

No se han invertido mal (*los fondos mineros*). En nuestra tierra decidme ¿qué hay? ¿Qué había antes de las minas y qué hay ahora? y ¿qué podemos crear artificialmente para que esto siga? Nosotros hemos vivido y somos de una tierra pobre, pero ¡pobre de cojones! Tan pobre que la gente aquí no podía ganarse la vida. Nos tocó la lotería del carbón y teníamos que seguir apostando por la lotería del carbón pero ¿que no se puede emplear para quemar? Bueno, pues vamos a ver otros usos... [Exminero, Escucha].

Esa aceptación abnegada se entrecruza con las microrresistencias imbatibles claramente manifestadas en las entrevistas: «la minería siempre será necesaria y nosotros somos lo que somos gracias al carbón». El carbón sigue de una manera u otra en las entrañas de su territorio y de su imaginario orgulloso.

La familia de mi madre de toda la vida de aquí y mi padre provenía de Barruelo de Santullán (Palencia), o sea venía de minas, como mi abuelo. Así que me corre por las venas. Yo no sé que tienen las minas, no lo sé, pero una vez que le has perdido el miedo y el respeto a la mina y a meterte... Pues ni lo piensas. Es una profesión que es dura, que embrutece, pero que engancha mucho. Son profesiones primarias que no sé por qué leches llaman tanto [Exminero, político comarcal, Utrillas].

Hay gente que se ha marchado porque MFU le decía que si no querían llegar a estos extremos pues que ellos los podían colocar como se ha colocado mucha gente. Otros decidimos estar, como se dice en los barcos, hasta que se hunda ¿no? Yo si tuviera que nacer otra vez volvería a ser minero, pero... sin que cerraran la mina. Que no tuviéramos que pasar otra vez por el trauma que pasamos [Exminero. Relato transcrito del audiovisual proyectado en el museo de Utrillas].

El momento de realización de esta investigación se solapa con un activo movimiento reivindicativo de toda la minería española por la subsistencia del sector y la pervivencia de los pueblos en los que todavía viven los mineros. En Teruel es Ariño la localidad más afectada. Como apuntábamos, no es nada nuevo. El movimiento obrero ha librado algunas de sus batallas históricas a pie de mina o en galerías subterráneas. La cuenca minera turolense, pese a no ser una zona especialmente proclive a la conflictividad social ha hecho de la reivindicación su discurso dominante en momentos de acuciante riesgo para el sector. Son especialmente recordados tres momentos históricos: En abril de 1974, unos 170 mineros se encierran durante cinco días en el pozo Santa Barbara de Utrillas coincidiendo con una huelga general de 15 días reclamando a la empresa un convenio colectivo, en 1977 se produce una nueva huelga general por mejoras salariales, y el 27 de diciembre de 1985, coincidiendo con otra gran huelga general en la zona, unos 3.000 mineros turolenses se manifiestan en Madrid.

En ocasiones los antropólogos han destacado de los museos tradicionales su capacidad para encubrir el conflicto presente en el mundo que reflejan, contribuyendo a la idealización del pasado. Sin embargo, en el

caso de los museos mineros la narración del conflicto y la reivindicación aparece (eso sí, posiblemente maquillada) como legado inherente al *self* minero. La lucha del colectivo minero no se excluye sino que se encumbra y mitifica. Todos los museos descritos recogen en paneles, fotografías, paredes o taquillas el pasado sindicalista y reivindicativo, como indicador de su espíritu distintivo: la fortaleza, la dureza o la resistencia ante las adversidades (recursos comunicacionales que también hoy vemos enfatizados en los mensajes mediáticos que trasladan los actuales mineros, en su enfrentamiento con el gobierno).

Durante tres décadas se ha venido testimoniando el desacuerdo con las reducciones drásticas de ayudas a la minería y el decremento de cupos a la producción, el descontento con el posicionamiento de la clase política gobernante española y las expectativas insatisfechas y acumuladas tras décadas de anticipación de un cierre anunciado. El conflicto ha venido estallando cuando desaparecía la esperanza de la negociación o de la postergación y se imponía perceptivamente la inmediatez de las medidas y recortes anunciados. A la larga el conflicto ha derivado en enfrentamientos estériles, pero sin duda ha sido una potencial fuente de enriquecimiento y de búsqueda de soluciones creativas (Constantino, 2007). Siguiendo a Lewis Coser y Ralf Darhendorf, Balza-García (2009) considera que el conflicto es fuente de una novedad reguladora e integradora que hace aparecer una perspectiva nueva, permitiéndole a las partes redefinir sus estados latentes de tradición y crear un campo distinto de sucesos.

En treinta años sin duda han acontecido cambios, con manifestaciones diferenciales en los diversos grupos de las localidades. Por ejemplo, mientras se produce un debilitamiento de la identidad minera en parte de la población de las localidades donde el cierre de las minas se produjo ya hace años, se activa su fortalecimiento en las mismas localidades, por parte de los grupos más activos, reivindicativos y creativos.

La identidad minera en el pueblo sigue pero con esto de los fondos Miner y la huelga de los mineros yo personalmente me he quedado un poco decepcionado. Ha habido mucha gente que parece ser que no se acuerda (...) El otro día se enzarzaron dos en el bar y el uno, que está en la marcha a Madrid, les decía a otros, que ellos ya no eran mineros. Y le decía: «claro como las tuyas (*hijas*) ya están apañadas, los demás que nos jodamos». Y se puso tensa la cosa. Pero aquí siempre hemos sido peleones, sí, sí, aquí sí y además bueno, siempre ha sido la gente de izquierdas, pero últimamente se han aburguesado bastante (...) Así que ahora aquí no ha habido apoyo apenas. En Ariño, porque lo viven más directamente, les queda bastante gente dependiente de las minas. Aquí cuando se iban a cerrar las minas también hubo bastante contestación. En el museo y en el audiovisual está todo de cuando las huelgas y tal. La primera vez que se encerraron mineros en algún sitio fue aquí, en el pozo Santa Bárbara, luego se encerraron en la iglesia cinco o seis días. Aquí hubo mucha contestación siempre, mucha [Político local, Utrillas].

Es parte del colectivo exminero prejubilado quien en mayor medida está tras el mantenimiento de estas iniciativas. Eran los más «activistas» en

el pasado (el «núcleo duro» dirán algunos informantes) y estaban vinculados al movimiento sindical. Ahora lo han sustituido por una afiliación activa (más o menos institucionalizada) de fuerte carácter cultural. Sin duda el más claro ejemplo está en los mineros de Andorra, que cambiaron el espacio productivo de las minas por el espacio de la mina simulada, sin modificar sustancialmente su entorno «laboral» y vital, y preservando de aquel a su conveniencia los elementos más reconfortantes. Su tiempo ocioso actual es así continuidad de su tiempo laboral del pasado. Fueron enajenados de su condición activa de mineros pero su trabajo como voluntarios ha legitimado y recuperado su saber hacer técnico y profesional. Y desde esa posición hoy opinan sobre la minería y sus problemas actuales:

Éramos los más luchadores dentro y fuera de la mina, por la subsistencia de la mina. Ahora les apoyamos y nos sumamos a las huelgas [Prejubilado, voluntario del pozo San Juan, Andorra].

Paradójicamente tras nuestra visita una mañana de junio del 2012, en plena huelga del sector, un grupo de cinco voluntarios siguió desempeñando su oficio, como cada día y durante cinco o seis horas, atendiendo su mina simulada para reivindicar que «son útiles» y que lo que hacen tiene sentido para la comunidad.

La creatividad patrimonializadora más que una respuesta radicalmente opuesta a la acomodación o al conflicto, será un maquillaje de la reivindicación, una prolongación de esta. Son manifestaciones de un mismo proceso pero en diferentes fases (los exmineros quieren seguir vinculados mostrando el valor de su «trabajo») y con diferentes legitimaciones (las instituciones apoyan formalmente la reivindicación de su existencia y actividad, ahora musealizada).

4.2. Fuerzas institucionalizadoras y oficialización de la creatividad colectiva

Obviamente, en la sociogénesis de los tres casos encontramos muestras de la tensión entre los diferentes actores implicados y la falta de sintonía en un momento u otro entre los impulsores-creadores de los museos, la gente, los gestores políticos y el nivel técnico-experto.

En alguna ocasión en toda esta trayectoria patrimonializadora a la gente le ha faltado el respaldo institucional o el apoyo presupuestario (Andorra), en otras, las pretensiones de los políticos han topado con el escepticismo de los técnicos (Escucha) e incluso se ha dado la circunstancia de que el poder local ha estado tan imbuido del querer «hacer» que ha encarnado a la vez el doble papel de instituido/instituyente, estado/gente (Utrillas). Sin embargo, tras el proceso de institucionalización y asentamiento de las iniciativas los roles a desempeñar y los flujos relacionales entre los niveles actoriales se han ido redefiniendo.

El caso de Andorra ejemplifica la tensión dialógica continua entre dos componentes, lo instituyente y lo instituido, las instituciones y la gente.

Los flujos relacionales en este caso se rigen por normas de respeto mutuo, límites implícitos no sobrepasables y reconocimiento recíproco de la interdependencia necesaria para la subsistencia.

La verdad es que para ellos es un proyecto muy personal, a veces demasiado personal. A mí me toca discutir mucho con ellos. Sin ellos no podría hacer nada. Porque por ejemplo, lo del cante de las minas, me montan el escenario, todo... a veces van a recoger al artista... todo eso es mucho dinero que te ahorras, aparte de faena, pero a veces también me toca luchar con ellos. Me quieren llenar el escenario de picos, palas, lámparas... (*ríe*) «A ver: que los importantes hoy son el guitarrista y el cantante, y la gente tiene que centrar su atención en ellos. No me llenéis el fondo de picos y palas...» Y discuto mucho con ellos (*ríe*) pero bueno.... Son visiones diferentes para un objetivo común, con lo cual al final nos acabamos entendiendo [Técnico comarcal, Andorra].

El papel que juegan los exmineros voluntarios en el caso del parque tecnológico-minero de Andorra es insustituible y central. Su ímpetu desordenado, su compromiso desbocado, su deseo irrefrenable de «hacer» representa la capacidad de la gente (del pueblo) como fuerza motriz. Es la esencia de lo social instituyente: lo incomprensible, irrefrenable e indomable; pero a la par el sentido común, la razón sensible o la sabiduría de la praxis. Es esa sabiduría, pegada a la experiencia y reconocida por el entorno, la que define el valor de los objetos coleccionables. Su mirada corroborada por la satisfacción del visitante (experto o no), otorga valor propiciando a la vez una jerarquización objetual. Es una sabiduría común que genera colecciones museísticas poco ortodoxas y heteróclitas donde sin embargo todas las piezas, a menudo yacentes antes en escombreras, han sido dignificadas y son reiteradamente vivificadas cada vez que narran con pasión su uso al visitante.

En Utrillas encontramos otra relación entre lo instituyente e instituido igualmente interesante, en la que ambos niveles llegan a confundirse al dar un salto la política local hacia la praxis, el compromiso y el hacer más que al instituir, ordenar o pensar (la esencia de la política y el estado).

Yo creo que aquí si se ha invertido bien, pero bueno... Todo esto se rehabilitó con fondos Miner y puedes decir: ¡hombre gastarlo en esto! Claro esto lo tienes que sentir un poco. Ya es un poco más subjetivo. Y te lo tienes que creer [Político local, Utrillas].

Creencia, sentimiento y subjetividad, no son paradigmas de la praxis política al uso. Sin duda es una política del hacer próxima a la gente; el nexos que los une no es otro que la emoción y la afectividad. Quizás esto solo es pensable en entornos donde el mundo de los afectos y el sentido de «comunidad» se impone. En Utrillas han sido algunos de los miembros de las sucesivas corporaciones municipales con sus alcaldes a la cabeza, los artífices de proyectar, negociar, ejecutar y sacar adelante todos los trabajos de patrimonialización, convirtiéndose en agentes activos de todo el proceso, en voluntarios con cargos políticos (algunos exmineros prejubi-

lados) que limpian, restauran, y siguen en el empeño de lograr su deseo de «hacer» pese a los contratiempos económicos.

Como en las sociedades pre-estatales, la gente toma un papel protagonista e instaurador de prácticas que en las nuestras no obstante, llegan a oficializarse. Estamos en estos dos casos ante museos cuasiespontáneos que para garantizar su supervivencia son cobijados bajo el paraguas de la administración.

No obstante, el proceso de institucionalización no ha frenado lo social instituyente. Un ejemplo claro lo tenemos en la celebración en Escucha de la Fiesta de Santa Bárbara, patrona de los mineros, a partir de la colocación en el museo minero de una imagen de la santa.

Todo es auténtico, salvo la Virgen Santa Bárbara que han zampao allí... que bueno... (*ríe*). Además alrededor de esto han montado una fiesta, la fiesta de Santa Bárbara ¿lo sabes? Antes no se celebraba y ahora organizan una excursión-procesión con candiles, la sacan un día, la meten otro día por la noche, organizan un berenjenal allí y luego se van todos a cenar [Ingeniero de minas, Escucha].

Se trata de representaciones colectivas que por su capacidad de atrapar el imaginario se instauran y perpetúan como nuevas tradiciones o rituales que en términos durkheimianos, cumplirán la función de cohesionar lo social con una fuerza que es sagrada.

Otro ejemplo es la aparición en 2008 de la Asociación de voluntarios del pozo San Juan en Andorra que cuenta con unos sesenta socios. Crear una asociación es dar forma a lo social evanescente, y desde cierto punto de vista es el inicio de la institucionalización de lo instituyente; sin embargo, es la mejor infraestructura política para influir en el poder económico y político, para canalizar la participación y cubrir con la cooperación desinteresada los olvidos, fracturas o silencios que el estado no puede o quiere atender. Es una manera de fortalecer el tejido social, activar el capital relacional y sobrevivir mejor a las crisis (Fukuyama, 1995). Y es finalmente una manera de institucionalizar la reivindicación.

La clave de los tres proyectos y lo que explica el alto grado de aceptación e identificación de toda la población con ellos es el origen «popular» de todas las experiencias; apenas ha intervenido la *cultura letrada*. La cultura minera se ha re-creado en los espacios musealizados con la intervención de la gente, lo que facilita la *apropiación* al modo de De Certeau.

Finalmente, hay un nivel actorial que no debe omitirse y es el de las empresas mineras. Estas encarnan la extensión de lo económico a lo cultural; ENDESA ha sido la gran benefactora privada de la zona en el proceso de patrimonialización, tanto por la cesión de los edificios y terrenos en el caso de Utrillas o Andorra, como por la cesión de numerosos objetos y maquinaria proveniente de otras minas en explotación o recientemente cerradas. Las empresas mineras representan el poder económico, esta vez en apoyo tanto de lo instituido (administración) como de lo instituyente (la gente, sobre todo los exmineros).

En cuanto al futuro, en el relato de la gente que sostiene los museos, (exmineros voluntarios, políticos locales, técnicos...) cobra tanta importancia el pasado de lo que fue la actividad minera como el futuro de las ampliaciones de las iniciativas patrimonializadoras, lo que traslada la idea de vitalidad y la fuerza creativa y emprendedora de sus impulsores principales. Los objetivos y causas que los propiciaron siguen vivos y son más ambiciosos si caben. El gran obstáculo que en absoluto ennegrece la percepción ilusionada de estos es la falta de concreción de las posibles ayudas institucionales y las malogradas aportaciones desde el Plan Miner tras los últimos recortes.

La aproximación que hemos realizado desde el análisis institucional al proceso de patrimonialización como uno de los impactos socioculturales generados por la reconversión minera en las cuencas carboníferas turolenses nos ha sugerido considerar nociones centrales de las teorías sociológicas, presentes ya sea en las perspectivas clásicas –por ejemplo, conflicto social, cambio social, o relación individuo-sociedad–, ya sea en otras de más reciente emergencia en los enfoques contemporáneos –tensión entre lo instituido y lo instituyente, creatividad o riesgo–. Tales nociones ofrecen un mapa conceptual que ilustra una aproximación sin duda compleja y holística.

El acercamiento a estas tres experiencias de patrimonialización minera en una zona duramente castigada por la reconversión desde inicios de los noventa ha sido intencionado, a sabiendas de que las situaciones de crisis son las que de un modo más claro ayudan a visualizar la vocación relacional de los procesos sociales, aunque nos planteen dificultades para su análisis. Ejemplifican procesos de conversión de lo económico-laboral en lo cultural, tras los cuales no se ha borrado la propiedad subyacente dominante: la centralidad de la mina como dispositivo identitario sólido y vigente, aglutinador de la identidad comunitaria (supra)local, a la par que elemento de pugna/tensión interlocal. La patrimonialización ha sido en ese sentido una acción compensadora afectiva; ha cerrado la mina pero permanece el vínculo con el pasado, con «el nosotros que fuimos» y quizás con el futuro en el que «seguiremos siendo nosotros».

Yo creo que sí que se abrirán otra vez las minas. A mí mi padre me dijo que yo volvería a ver las minas abiertas. Entonces me reí porque dije: «Bah, nucleares y tal, y que además aquí es muy costoso explotarlo». Pero ahora, y después de lo de Fukushima, se lo replantearán; en Alemania se están volviendo a abrir. Ahora creo que mi padre tenía razón. Aunque nosotros posiblemente no lo veamos, volveremos a las minas [Político local, Utrillas].

Referencias bibliográficas

- Anderson, B., *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
 Ariño, A. «La invención del patrimonio y la sociedad del riesgo», en Rodríguez Morató, A., *La sociedad de la cultura*, Barcelona, Ariel, 2007.



- Balza-García, R., «La espiral epistémica de las relaciones internas. El conflicto social como cambio de aspecto», *Revista de Filosofía*, Nº 63, 2009-3, pp. 7 - 33.
- Bauman, Z., *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 2003.
- Beck, U., *Risk society: towards a new modernity*, London, Sage, 1992.
- Bergua, J.A. *Lo social instituyente. Materiales para una sociología no clásica*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007.
- Castoriadis, C., *La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 2: El imaginario social y la institución*, Barcelona, Tusquets, 1989.
- Constantino, C., *Diseño de sistemas para enfrentar conflictos*, Barcelona, Ed. Gránica, 1997.
- De Certeau, M., *La invención de lo cotidiano. Artes del hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 2000.
- Dupuy, M. J. «Trabajar sin cobrar y cobrar sin trabajar», *Sociología del Trabajo*, 62, 2008, pp. 54-93.
- Dupuy, J. P., *Le sacrifice et l'envie: le libéralisme aux prises avec la justice sociale*. París, Calmann-Lévy, 1992.
- Fukuyama, F., *Trust: The social virtues and the creation of prosperity*, Nueva York, The Free Press, 1995.
- Maffesoli, M., *Elogio de la razón sensible*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Martinez Latre, C., *Musealizar la vida cotidiana: los museos etnológicos del Alto Aragón*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007.
- Prats, Ll., *Antropología y patrimonio*, Barcelona, Ariel, 1997.
- Ricoeur, P., *Le temps raconté. Temps et récit III*, París, Seuil, 1985.
- Rodríguez Morató, A., *La sociedad de la cultura*, Barcelona, Ariel, 2007.
- Sanz Hernández, A., «Del riesgo laboral al social. Notas sobre la mina, el territorio y la memoria», *Sociología del Trabajo*. n 62, 2008, pp. 95-119.
- Tulloch, J. y Lupton, D., *Risk and everyday life*, London, Sage, 2003.
- Walsh, K., *The representation of the past: museums and heritage in the postmodern world*, London, Routledge, 1992.
- Watsuji, T., *Antropología del paisaje: climas, culturas y religiones*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2006